

Testimonio de Nora Cortiñas, madre de Plaza de Mayo, sobre la militancia y secuestro de su hijo Gustavo

15 de agosto de 1996

Nora Cortiñas

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

Hasta que se llevaron a mi hijo teníamos un hogar común, de clase media baja, con un padre de familia muy trabajador que tenía la responsabilidad de traer el salario, y con dos hijos varones, Marcelo y Gustavo, a los que les dábamos la educación con el sacrificio que se hace en una casa donde todo se consigue en base a mucho esfuerzo.

Los dos chicos habían estudiado en el instituto secundario privado Inmaculada, que quedaba en el barrio, cerca de la estación de Castelar. Era un colegio religioso de oblatos de la Virgen María, pero con profesores y maestros laicos. Nosotros no somos una familia religiosa practicante, somos católicos por herencia. Era un colegio bastante progresista que tenía algunos sacerdotes y profesores con vocación social. Llevaban a los chicos de campamento, donde les enseñaban a ser solidarios entre ellos, aprendían a compartir, a ayudarse. Creo que estos valores después se fueron desarrollando en los chicos. También en nuestra familia siempre nos hemos ayudado los unos a los otros. Estas cosas se van filtrando, van haciendo que en los chicos se despierte un deseo por ayudar a los demás. La solidaridad en la familia es muy importante. Gustavo comenzó a trabajar de muy jovencito, cuando tenía 12 o 13 años, en el club del Ministerio de Economía durante los meses de verano. Mi marido fue empleado de ese ministerio más de cincuenta y seis años; incluso después de jubilarse, trabajó unos años más en la obra social. Cuando cumplió 18 años Gustavo empezó a trabajar en un empleo fijo. Ahí tenía compañeros que participaban en las tareas de acción social del padre Carlos Mugica, en la villa 31 de Retiro. Desde esa edad empezó a ir a la villa, se interesó por compartir con la gente humilde los ideales de justicia social. Al mismo tiempo, empezó a militar en la Juventud Peronista. Ya había terminado el secundario y estudiaba ciencias económicas, primero en la Universidad de Morón y después se pasó a la estatal. En 1973, dejó la facultad, se casó y siguió militando en la JP. Él tenía, como todos los chicos, deseos de cambio, de colaborar con los que más sufrían, de luchar con el pueblo.

Aunque nuestra familia no tenía participación política partidista, sí había algún pariente que militaba y a nosotros nos daba miedo que nuestros hijos decidieran meterse en política. Cuando Gustavo empezó a militar teníamos mucha preocupación. Nos parecía que se arriesgaba, que la cosa no venía bien, que ya había represión —por la Triple A, durante el gobierno de Isabel— y nos preocupaba mucho. Adentro de casa se daba una discusión generacional. Mi marido tenía miedo. Lo que pasa es que la juventud sobrepasaba la pasividad de los adultos o de la mayoría de ellos. Era una generación que crecía como la levadura. Los más jóvenes seguían el ejemplo de la gente que venía de participar de luchas anteriores, como el

Cordobazo o el Rosariazo. Los chicos aportaban su vigor a la experiencia de los más viejos.

Yo era muy ama de casa; mi marido no quería que yo trabajara afuera, pero yo hacía el trabajo invisible de la mujer. Daba clases de costura o cosía para afuera. Siempre estaba en mi lugar de mujer ama de casa, tratando de apaciguar las discusiones y los miedos de mi marido por la militancia de Gustavo. En el 75 fue detenido el hermano de mi nuera. Gustavo se había casado muy joven, a los 21 años, y ya tenía un hijo. Estábamos muy asustados y le pedimos a Gustavo que se fuera para el exterior con su mujer y su hijo. Él no quería saber nada y nos decía "yo no hago nada malo, estamos luchando para cambiar las cosas injustas". Cuando vino el golpe militar en 1976, ya teníamos un preso político en la familia pero no pensamos que todo iba a ser tan brutal. Yo hasta ese momento seguía metida en mi mundo de las cosas domésticas. Como siempre que había un golpe o se agitaban las cosas, iba a comprar fideos, papas, azúcar.

En el 77, el 15 de abril, se llevaron a mi hijo. Nosotros no estábamos en Buenos Aires porque habíamos ido a pasar la Semana Santa a una casita de mis consuegros en Mar del Tuyú. Llegamos el sábado 16 a casa y ahí nos enteramos de que ya desde el viernes Gustavo no aparecía. Que a la mañana no había llegado al trabajo y que a la noche hicieron un operativo en mi casa. Cuando llegamos a casa todo era una desolación, una sensación terrible de tristeza e incertidumbre. Desesperados, nos fuimos a hacer los trámites a la comisaría por averiguación de paradero. Un amigo de mi hijo me redactó un hábeas corpus que no quise que él firmara para que no tuviera problemas y lo firmé yo. Después hicimos pedidos al Ministerio del Interior.

Yo empecé a salir por todos lados como loca y ahí fue un cambio total en mi casa y en mi interior. Empezó una etapa donde además de una gran tristeza y un gran dolor, hubo un cambio total de vida. Yo dejaba mi casa desde la mañana hasta la noche. A veces me iba a la madrugada para hacer las colas en las puertas de los cuarteles, de las cárceles. Ya en el 77 era todo evidente. Las madres nos íbamos encontrando en los diferentes trámites para averiguar dónde estaban nuestros hijos. A mi hijo se lo llevaron el 15 de abril y el 30 de abril fue el primer encuentro en la plaza de Mayo, a instancias de Azucena Villaflor de Devinenti. Después nos seguimos encontrando en la Plaza, intercambiábamos información pero ninguna obtenía ningún resultado positivo. Azucena dijo que teníamos que hacer "todas por todos".

Nos fuimos reuniendo cada semana. La primera vez fue un sábado, pero como ese día no había nadie en la Plaza pensamos en cambiar. Cuando

dijimos de encontrarnos un viernes, una madre muy religiosa y supersticiosa dijo que los días con erre traen mala suerte, entonces buscamos otro día. Otra madre dijo que no podía ser un lunes porque ese día es para el lavado de ropa. Así, tan madres, íbamos decidiendo qué hacer. Al final quedó como día de encuentro los jueves. Nos imaginábamos que todo se iba a solucionar, que los iban a liberar, que caminando los encontraríamos en los cuarteles o en las comisarías, que por medio de la Iglesia, que a través del Papa, de los obispos, que iba a haber una respuesta.

En nuestros hogares se vivía un clima de incertidumbre. No sabíamos si decir o no decir a los vecinos lo que nos pasaba. Yo le decía a mi marido que no dijera nada en la oficina. Que por ahí, los que tenían a Gustavo lo castigaban más. Adentro de casa la vida tuvo un cambio total. De repente, la madre que no está en todo el día, que llega muy tarde y ellos se arreglan como pueden. También empezó un sufrimiento muy grande de mi marido, por el hijo que se habían llevado y por el miedo de que yo tampoco volviera, de que me pasara algo. Cada vez que yo he caído presa o que me amenazaron, él sufrió mucho.

El mismo día que llegamos y Gustavo no estaba en casa nos fuimos a la comisaría. Fui con mi marido y mi nuera. Nos atendió un oficial y nos dijo: "Yo si fuera un padre al que le llevan un hijo iría a golpear todas las puertas, pero como policía no les puedo decir nada, aunque esté detrás de esta puerta." Nunca tuve miedo de hacer los trámites para averiguar por Gustavo. Las madres, individualmente, no teníamos miedo. Pero lo que sí había en el conjunto de las madres era un miedo colectivo: pensar que si hacíamos denuncias los iban a castigar más, que no iban a aparecer, que los iban a matar. Pero ese miedo duró poco, dijimos "hay que salir y pelear". Mostrarnos en la Plaza ya era un hecho. Fuimos amenazadas de muerte, apuntadas con armas largas. En voz baja, nos decían a una por una: "les vamos a hacer lo mismo que a sus hijos". Pero nosotras seguimos ahí, todos los jueves, hasta el día de hoy.

Entrevista realizada por Enrique C. Vázquez a Nora Cortiñas, poco antes de que participara de una ronda -la nº 1006- alrededor de la pirámide de Mayo, el 15 de agosto de 1996